

tantas veces había pronunciado desde hacía algunas horas, y que la condesa no comprendió en un principio:

—¡Pobre Roberto!

Circunstancias trágicas debían más tarde revelar la el significado.

VI

El entierro de un pobre.

La única campana de la aldea de Saint-Jean-du-Desert había tocado lúgubrementemente á muerto al siguiente día en que han ocurrido las escenas que acabamos de describir.

Los fúnebres tañidos volaban lentamente, esparcidos como quejas en las tinieblas de la noche.

La señorita de Arvil preguntó á su madre:

—¿Tocan en la iglesia por la pobre viuda de Fugeret?

—Sí.

La condesa se extrañó muchísimo oír decir después á su hija:

—¡La pobre mujer ha tenido una inmensa dicha con morir!

—¿Por qué dices eso? — preguntó la señora de Arvil. — ¿Tú esperabas, sin embargo, que prolongaran su vida?

Magdalena se contentó con responde:

—Es cierto.

Pero no hizo traición á su pensamiento.

La joven pensaba:

—¡La muerta no conoce la infamia de su hijo!

Y en voz alta añadió: •

—¿La entierran mañana?

—Sí.

—Hubiera querido estar buena para haberla acompañado al cementerio. Era una buena mujer, resignada y laboriosa.

La condesa se sonrió.

—Pero no puedes ir—dijo— aunque la noche la has pasado muy bien... El doctor estaba muy satisfecho esta mañana. No has tenido apenas fiebre; la herida de la frente está en buenas vías de curación. Decididamente no será nada... ¡Qué susto nos has dado!

Magdalena no perdía su idea.

—Después de la inhumación de la viuda Fugeret es preciso decir á Brígida que venga á verme... Necesito hablarla... No puede quedarse en los Esarts sola, en aquella casa aislada y vacía...

—¿Por qué?

—Piensa... una joven de su edad...

La condesa comprendió.

—Es justo, hacéis bien en pensar en ella...

¿De modo?...

—He resuelto tomarla á mi servicio...

—¿Como doncella?

—Indudablemente, á menos que tú la necesitas. Es muy lista y es muchacha que me gusta, además nos quiere mucho. Justina ya es vieja... Se fatiga y quiere descansar. Desearía marcharse.

—¿Te lo ha dicho?

—Más de una vez.

—¿Aceptará Brígida?

—Con alegría.

—Sea, la avisaré mañana... Yo me encargo de hacerlo.

—¿Irás tú á la iglesia?

—Indudablemente á menos que no me necesites... Por lo demás solo me entretendré breves momentos.

La noche la había pasado en efecto bastante bien.

Gracias al medicamento recetado por el médico, la fiebre después de un acceso de alguna violencia había cesado y segun las apariencias, no habia de volverse á presentar.

La segunda noche debia pasarla mucho mejor aún.

Cuando amaneció el dia siguiente, con una de esas mañanas hermosísimas de otoño, la joven se sentía bastante fuerte para levantarse como de ordinario.

Apenas si sentía dolores en la cabeza, la herida de la frente se cicatrizaba.

Sobre las diez el anciano doctor Cambry llegó en su viejo coche pintado de cien colores.

Su cliente le acogió con una sonrisa triste, muy diferente de la que tenia en otro tiempo.

—¿Siguen los dolores?—preguntó.

Ella respondió con voz conmovida.

—Sí, doctor.

—Sin embargo creo que estáis lo mejor que se puede estar... El pulso está bien y tenéis muy buen color... De buena habéis escapado... ¿Me han dicho que el señor de Burés vá á llegar dentro de unos cuantos dias?...

—El jueves doctor.

—Pues bien, estaréis en pie para recibirle, os lo aseguro. Lo que es la juventud. Si yo me hubiese caído, me habria roto el pescuezo ó una media docenita de huesos... Y vos nada.. Vamos no estáis triste. Expulsad las ideas negras.

El doctor Chambry se sentó en una silla bastante alta á la cabecera de la enferma.

Al mismo tiempo que hablaba la observaba atentamente y sin darse cuenta porque causa, notaba en ella un cambio extraño, radical, cambio que habia hecho brotar de sus labios aquellas amistosas recomendaciones. ¡Vamos no estáis triste... expulsad las ideas negras!

Ella, que era la alegría personificada antes del accidente, llevaba ahora impresas en el rostro y en su actitud y maneras una melancolía inexplicable, un pesar incomprensible para el bueno del doctor, que la conocía desde niña.

Era una metamorfosis repentina que la joven habia experimentado.

La sacudida sufrida, por muy violenta que hubiese sido, no podia producir un cambio semejante.

El doctor Cambry era un hombre de pequeña estatura, de unos cincuenta años de edad, seco y anguloso, de cabellos grises, y cuyo rostro expresaba á la vez una gran dulzura y fineza.

Sus ojos pardos y muy movibles tenían una potencia real de penetración.

Debía ser uno de esos hombres que poseen una gran potencia de fluido magnético, con ayuda del cual hipnotizan á algunos seres enfermizos, más débiles que ellos.

El doctor Cambry nunca habia hipnotizado á nadie.

Para él la medicina no era más que el arte de aliviar á la humanidad, tratando de curarla cuando era posible.

Ahora bien, para curar los sufrimientos físicos, es preciso calmar muy á menudo los sufrimientos morales.

El doctor Cambry aprovechó un momento en que la señora de Arvil, ocupada en la casa en un asunto importante, le dejó solo con la enferma, y entonces dijo bruscamente á la joven:

—¡En verdad, amiguita, no os conozco... No sois ya la misma... ¿En qué consiste semejante cambio?

Aquella sencillísima pregunta hizo aparecer los colores en el rostro de la joven.

Y obligada, digámoslo así, á ser sincera por las miradas del doctor, feliz quizás por poder aliviarse diciendo á su médico cosas que la quemaban los labios, murmuró con voz emocionada y lastimosa:

—¡Doctor, estoy perdida!

—¿Por qué? Supongo que no es una caída de un caballo lo que puede impresionaros hasta semejante extremo. Ha sido indudablemente grave, y lo hubiera podido ser mucho más aún, pero afortunadamente no hay que temer ninguna complicación. Dentro de muy pocos días podéis empezar á dar vuestros paseos con más prudencia y moderación por supuesto... Quedaréis curada á muy poca costa...

E inclinándose sobre su cliente, la preguntó cariñosamente:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—¡Una gran desgracia!...

—¿Que os ha ocurrido á vos una?...

—¡Ay! sí.

—¡Cómo! ¿Es posible? ¡No comprendo!

La joven no pudo contener las lágrimas, y empezó á sollozar.

—En efecto, no es fácil que lo comprendais, doctor—balbució.—¡Es horrible, doctor! ¡Me moriré!

La sorpresa del médico aumentó.

¿Qué catástrofe podía sumir á una joven nacida en tan felices condiciones, en una explosión semejante de dolor?

—Tened confianza en mí—la suplicó en voz baja.—¡Decídmelo todo!...

—No, aún no... más adelante... Y además, ¿para qué?... ¡Es una fatalidad, doctor!...

La joven oyó los pasos de la condesa, que volvía á la alcoba, y en seguida, con gran viveza, dijo al doctor, al mismo tiempo que enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos:

—¡Quiero que lo poco que os he dicho sea un secreto para todos, os lo ruego!... ¡Que nadie lo pueda saber nunca... y sobre todo ella!

Su madre se hallaba muy cerca.

La joven se calló.

El doctor Cambry, muy impresionado para engañar á la señora de Arvil, cambió de conversación y empezó á hablar de la familia Fugeret.

Al volver al castillo de la Forge habia pasado por la aldea de los Esarts para visitar á un leñador que se habia dado sin querer, por su mala maña, un hachazo en una pierna.

Se ven muy á menudo cosas semejantes.

Los únicos que no se equivocan nunca son los que no hacen nada.

Cogido casi de improviso el doctor, salió del paso del mejor modo posible.

Dijo algunas cosas más, muy insignificantes por cierto, sobre este tema, para dar tiempo á la enferma y que pudiera reponerse.

Después continuó su historia.

Había entrado en casa del fabricante de zuecos.

El cuerpo de la muerta estaba colocado delante de la puerta.

Un mal paño negro tapaba la caja de pino.

Dos cabos de vela que el cura había enviado ardían á los lados del ataúd.

Los vecinos iban llegando ya casi todos.

No iba á faltar ni un solo habitante de las aldeas inmediatas. Sacrificaban todos el trabajo del día, y por consiguiente el jornal.

¡Dios solamente sabe lo mucho que lo necesitaban, sacrificándolo por acompañar hasta la última morada á la mujer de un antiguo compañero!

Era un duelo general.

Asistía la hermandad.

Las hermandades de la Caridad son corporaciones muy antiguas en los pueblos y aldeas, que están creadas para acompañar á los muertos, y están cierto tiempo de servicio, como en el ejército.

Como en otros tiempos, podía uno formar parte de la hermandad, y cuando le tocaba de servicio, compraba un sustituto.

Los hermanos estaban allí reunidos, delante de la cabaña, con sus dalmáticas negras, adornadas con lentejuelas y lágrimas de plata y huesos en cruz.

Se hubiera creído uno trasportado en plena edad media.

El cortejo iba á ponerse en marcha en aquel instante, en el momento en que el doctor salía de los Esart, y por el sonido de la campana debía suponer que ya no estaba muy lejos de la iglesia.

En efecto, su tañido anunciaba que el cortejo fúnebre se aproximaba al presbiterio.

Las campanas tienen un lenguaje conocido de todos los habitantes de los pueblos y de los campos.

La señora de Arvil no había notado la emoción de su hija.

El médico había logrado el objeto que se proponía.

—Tenéis razón, doctor; así es que si queremos llegar á tiempo á la iglesia, preciso que nos marchemos cuanto antes... ¿Venís?... Os llevaré en coche.

Y aproximándose á su hija, la dijo:

—Hasta luego, querida... Le volveré á traer.

Salieron de la alcoba y la enferma les siguió con la vista, como si quisiera por última vez recomendar silencio á su confidente.

En el momento en que el coche de la condesa se detenía al extremo de la alameda que iba á parar á la plaza de la iglesia, los hermanos de la caridad desembocaban en ella, con el cura á la cabeza. Habían venido por un camino estrecho y tortuoso, cuatro de ellos llevaban el ataúd colocado sobre unas angarillas, cubierto con un paño negro.

Las pobres gentes se relevaban y sudaban á pesar de no tener gran peso la carga que llevaban.

La viuda, aniquilada por la enfermedad, estenuada por las grandes privaciones, muy delgada, no era más que una sombra en sus últimos momentos.

Pero el camino era largo.

De los Esarts á la iglesia de Saint-Jean-du-Desert, hay una legua bastante larga.

Estas caminatas y estos trabajos lo imponen solo el cariño y el deseo de hacer el bien ó

el querer agradecer á la familia del difunto. Al fin llegaban al término del viaje.

Los cantores salmodiaban los últimos versículos y entraron bajo la bóveda del pórtico.

Desde fuera se veía por las puertas que estaban entre abiertas, la nave de la iglesia blanqueada con cal, y se veía el resplandor de los cirios.

La campana cesó de tocar y el cortejo entró en la iglesia.

Jaime Fugeret entró inmediatamente después del cadáver de su madre.

El joven iba vestido como de ordinario; con la raída chaqueta de muy mal corte y llevaba el sombrero en la mano.

De sus ojos no brotaban una lágrima.

Las cejas las tenía arqueadas, el rostro llevaba impresa una resignación forzosa; su aspecto, en una palabra, era feroz, daba miedo mirarle.

Su amigo Jesús Piriac, que no había querido abandonarle en aquellos terribles y solemnes momentos, se hallaba á su lado.

Representaban los dos allí á la miseria con levita, la más horrenda de todas, la que no es ni pintoresca, ni franca, la que trata y procura mentir y disfrazarse.

Unos treinta hombres les seguían en desorden, unos vestidos con blusas, otros con chaquetas bretonas, heredadas de padres á hijos; otros llevaban prendas que no tienen nombre definido; el anciano pastor de los Esarts llevaba una capa tan remendada que parecía un mapa geográfico, pero muy limpia.

Detrás de los hombres iban las mujeres, mucho más numerosas, derramando lágrimas verdaderas.

Brígida marchaba á la cabeza. Para ella era una madre á la que iba á dar el último adiós. En el momento en que entraba en la iglesia, la señora de Arvil se aproximó á ella, la estrechó la mano y la dijo muy bajito:

—Tengo que hablarte.

—¿Cuándo?

—Cuando estés libre.

—Después del entierro.,.

—Si así te place...

—Está bien, señora.

Después empezaron á rezarse las oraciones, se cantó misa y volvió á empezar el lúgubre viaje.

Pero esta vez no irían muy lejos.

Los ancianos tenían las tumbas á la sombra del campanario.

No se asustaban de ir á verlas de cuando en cuando.

Altas y verdes matas las cubrían por completo; las flores campestres crecían en abundancia. Cada cual podía saludar á sus queridos muertos por encima del muro, muy bajo por cierto, del santo recinto.

Cuando las últimas paladas de tierra cayeron, produciendo un ruido seco, sobre el ataúd de la madre de Jaime Fugeret, el cura fijó su mirada profunda en el rostro de su antiguo discípulo.

En sus ojos dulces y paternales se leía un ruego.

El abate Aselin parecía querer decir á aquel cuyo guía había querido ser:

—¡Aun es tiempo! Vuelve al redil.

Por toda respuesta, Jaime volvió la cabeza, é inclinándose, sin atreverse á dar la mano al

anciano sacerdote, se alejó en compañía de su amigo Piriac y de Brígida.

Cuando estuvieron fuera, ya frente al camino que conduce al castillo, la joven se separó de sus compañeros diciendo:

—Voy á la Forge... Estaré muy poco tiempo; si queréis, podéis venir conmigo y esperar-me...

—No, no;—dijo con viveza Jaime Fugeret, como si el castillo le hubiese asustado, ó como si temiese encontrarse frente á frente con aquella que tan villanamente había profanado.—Vamos delante. ¿Te reunirás luego con nosotros?

—¡Como queráis!

Se internó en la avenida, mientras que Fugeret y su amigo permanecían algún tiempo parados delante del presbiterio, mirando como los acompañantes se esparcían, alejándose en todas direcciones.

Algunos se paraban para estrechar la mano al joven y dirigirle testimonios de simpatía, pero éstos eran en muy pequeño número.

Hubiérase creído que todo el mundo conocía ya, como si se hubiese divulgado, la noticia de que abandonaba la carrera eclesiástica del mismo modo que la había abandonado el otro, aquél Jesús Piriac, al cual no miraba nadie con buenos ojos, como si hubiese sido un canalla ó un renegado.

No era, sin embargo, ni lo uno ni lo otro, era exactamente igual á su amigo Jaime Fugeret.

En realidad, no eran más que dos pobres diablos que se habían salido de su esfera, por haber recibido una instrucción que no les daba

más que apetitos de goces y á quienes les faltaba dos cosas: una brújula para poder dirigirse y dinero para ponerse en camino.

Lanzados ambos en la gran lucha por la vida, se asemejaban á la mayoría de los hombres que entran en el mundo sin dirección fija, sin recursos para el porvenir y casi sin pan para el presente.

Cuando la iglesia quedó, por fin, vacía y el patio del presbiterio desierto, los dos amigos se alejaron á su vez aislados como dos leprosos, y se internaron en el bosque en dirección de la casa de Jaime Fugeret.

Caminaban el uno al lado del otro muy despacio, seguros de adelantar á Brígida, y muy pronto llegaron á las tapias del parque, delante de la zanja que la señorita había franqueado dos días antes haciendo saltar por encima á su caballo.

Jaime, con la cabeza inclinada, examinaba el verde con mirada atenta, como si hubiese querido descubrir allí un gran tesoro.

—¿Qué buscas?—le preguntó Piriac con impaciencia.

—¡Yo!—dijo el otro sobresaltado.—Nada... ó casi nada...

Sin embargo, añadió, señalando á su amigo una huella que los rocíos de la noche no habían podido borrar:

—Fíjate, mira, por aquí es por donde ha saltado.

—¿Quién?

—La señorita Magdalena.

—¡Ah, sí!—dijo Piriac burlonamente.—¡Tu pasión, tu desgraciada pasión!... ¡Mal haces en preocuparte! ¡Poco ó nada puedes esperar!

Jaime se mordió los labios.

Piriac se expresaba lo mismo que la razón personificada hubiera podido hacerlo.

Volvieron á emprender la marcha sin pronunciar palabra, mirando de vez en cuando hacia atrás, para ver si llegaba Brigida.

—Es una excelente y hermosa muchacha— dijo Piriac.—Yo hubiera creído que tu amor no hubiese tetenido otras miras... ¡Te aseguro que vale la pena!... ¿Quieres que te esponga francamente lo que pienso? No la eres indiferente.

—¡Pobre Brigida! ¡Causaría su desgracia!... ¡Unir dos miserias!... ¡Bastante tengo con la mía!...

Piriac insistió:

—Será una buena esposa—dijo—y muy lista. Si yo tuviese una posición, una manera de vivir... demasiado sé lo que haría.

—¿Te casarías con ella?

—Si ella quería, sin inconveniente de ningún género.

—¡Modestos son tus gustos!

—Espera un poco—dijo Piriac;—dentro de tres ó cuatro años, cuando hayas andado errante como yo, cuando hayas pasado tanta hambre como yo, cuando hayas recorrido todas las calles de una capital de provincia ó de París, buscando una ocupación, un empleo, cualquier cosa, sin encontrarlos, lo mismo que yo, tus ilusiones se disiparán y te dirás, como tu padre y como el mío, que con un oficio cualquiera, una choza, y el cariño de una mujer, es uno más dichoso que después de haber estudiado diez años seguidos, acostumbrándose á satisfacer necesidades que no se pueden sostener después cuando al acabar ó interrumpir

los estudios, se encuentra uno sin un céntimo en el bolsillo.

—¡Yo—dijo Fugeret con tono feroz—me he propuesto luchar, y te aseguro que lucharé! El día en que esté plenamente convencido de mi impotencia, me quedará siempre el dinero suficiente para comprar una onza de plomo y alojarla en mi cabeza, sobrándome corazón para romperme el cráneo, si me falta el plomo, contra las piedras, que pertenecen á todo el mundo.

—¡Brrr!—exclamó Piriac.—¡Sabes que hay días que no estás muy contento que digamos!... Siento escalofríos en todo el cuerpo...

Y añadió riéndose:

—Felizmente cuanto dices no son más que palabras.

—¡No—contestó Jaime,—son ideas!

Y algunos momentos después añadió:

—¿Por qué no habríamos de llegar como otros muchos que han salido sin nada de sus hogares y se han elevado hasta las más altas cunas, han acumulado una fortuna y se han llenado de honores? Ha habido y hay muchos soldados que han llegado á generales...

—No, no exageres; no hay muchos.

—Los hay—replicó Fugeret con obstinación.

Y dando en el suelo un fuerte golpe con el pie, exclamó:

—¿Por qué causa no puedo llegar á serlo yo?

—Necesitarías primeramente ser soldado—le dijo Piriac con tono burlón.

—He de serlo por fuerza.

—Con el carácter que tienes te aseguro que

te has de ganar en el cuartel muchos más años de arresto que galones.

—¡Quién sabe!

Y como si hubiese estado soñando, Fugeret añadió, hablando consigo mismo:

—Me agrada el ejército. ¿Y por qué no? Allí, al menos, no tendré que mendigar empleos de ninguna clase; no tendré que sufrir humillaciones, y, lo que es más práctico y positivo, no me moriré de hambre.

Continuaron su camino bastante tiempo sin pronunciar palabra. De repente Jaime Fugeret se detuvo y exclamó:

—Mira—y señalaba á su amigo unas cuantas hierbas troncadas y una gran parte del suelo, en el cual estaban impresas las huellas de un caballo que había debido permanecer allí bastante tiempo,—aquí es donde ha estado á punto de matarse...

—¿Quién?

Pero haciendo memoria Piriac añadió:

—¡Ah! ¡sí! ¡me olvidaba de tu dulcinea, de tu estrella, de la blanca paloma del castillo!

—Cuando llegué aquí y la ví, me quedé petrificado... Hubiera podido tomarsela por una muerta...

—¡Felizmente no lo estaba!

—Me arrodillé á su lado, en este mismo sitio... Apenas respiraba... Sus ojos permanecían cerrados!...

—Es espeluznante la historia.

—¡Puedes pensar y decir cuanto quieras! En mi vida pienso volver á experimentar una emoción semejante.

—¿No me has dicho tu mismo que la escena duró algun tiempo?

Jaime Fugeret titubeó algunos instantes antes de contestar, asustado por la mirada de su amigo.

—¡Por muy corto que haya sido el recuerdo no se borrará jamás de mi memoria!

Y añadió bruscamente.

—Vamonos.

Jesús Piriac reflexionaba.

Repasaba en su mente algunos detalles, que le habían chocado desde el momento en que llegó á los Esarts; la alegría inmensa que se retrataba en el rostro de su amigo, las palabras que había dejado escapar, las alusiones á su amor por la señorita de Arvil, aquel amor que llenaba todo su ser, que no podía por menos que declarar de una manera casi embozada y que sin embargo decía mucho á una inteligencia tan clara como la de Piriac.

Porque la tenía y de las mejores.

Cuando estudiaba tenía la justa fama de ser el mejor alumno de su curso.

En sus clases había obtenido éxitos verdaderos, pero semejante á esos desgraciados á quienes constantemente persigue la desdicha y que no llegan nunca á ser nada, él no podía salir de aquel círculo de desdichas que le rodeaba desde el momento en que salió del seminario.

Mil suposiciones acudían en tropel á su mente.

Se decía, que en aquel lugar, tan á propósito para cometer un crimen, había debido ocurrir una escena tenebrosa, trágica quizás, que su amigo quería ocultarle y cuya confesión no acertaba á salir de sus labios.

—¿Aquí es donde has encontrado el brazalete?—le preguntó.

Jaime se sonrió pérfidamente.

—Sí, después que se hubo marchado la condesa con su hija. Es un recuerdo de amor que el prometido extrañará no ver en el brazo de su futura.

Y de su bolsillo sacó el aro de oro.

—Mira—dijo,—una M. y una R. entrelazadas, del mismo modo que desearían estar la señorita Magdalena de Arvil y Roberto de Bures... Pero la boda no está hecha aun...; No, no!

—¿Serás tú quien la impida?—preguntó Jesús Piriac, cada vez más burlón.

Fugeret le cogió por un brazo.

—¡No te burles—exclamó,—pues te juro por el Dios que nos oye, que sí, que lo deseo!

Y agregó en voz baja:

—Poco me importa el precio ni los medios.

—¿Estás loco?

—¿Es acaso culpa mía?—contestó Fugeret con aire sombrío.—¿Por qué se ha interpuesto esta joven en mi camino.

Piriac se puso serio por primera vez desde el principio de aquella conversación.

—Quizás esa joven tenga motivos más serios para quejarse de haberte encontrado á tí en el suyo.

Fugeret se puso lívido.

¿Adivinaba Piriac su horrible secreto?

Iba á contestar.

El otro le detuvo con viveza.

—¡Chit!...—le dijo.—¡Brígida!

Silvia, en efecto, de un sendero que atraviesa el bosque y que acorta la distancia que hay entre el castillo y los Esarts.

Marchaba muy de prisa, con ese aire de las muchachas sanas y llenas de vigor.

Se disculpó con gracia de las causas que habían hecho que se retardase.

—Vais á almorzar demasiado tarde, pero no ha sido por culpa mía.

—¿Querían hablarte?

—Sí.

—¿Quién?

—¿La señorita Magdalena?

—Sí. Para proporcionarme el entrar á su servicio.

—No se me hubiera podido ocurrir en la vida una cosa semejante—dijo Piriac con melancolía.

—¿Y en qué concepto?

—Como doncella suya.

—¿En el castillo?

—En efecto, en la Forge.

—¿Has aceptado?

—Claro.

—¿Y cuándo vas á empezar?

—Esta tarde.

—¿Tan pronto?—dijo Piriac suspirando como un enamorado.

Brígida no lo notó.

Estaba muy preocupada por el cambio que en su manera de vivir iba á tener lugar.

Por otra parte, estaba muy emocionada.

El afecto que tenía por la anciana que acababa de perder y que la había educado y criado, no podía ser más sincero.

El accidente ocurrido á la señorita de Arvil, y Jaime, que renunciaba á la tranquila carrera, donde ella le hubiera querido ver, contribuían á hacer más punzante su emoción.

¡Qué feliz hubiese sido si él hubiese seguido la senda que le trazaba el agradecimiento!

Si siquiera la hubiese dado una razón, la única que pudiese disculparla á sus ojos, para salir del camino en el cual le había internado un amor en el cual la muchacha pensaba quizás en el ardor de su cariño, de su abnegación por él.

Pero él no demostraba á la joven más que una gran indiferencia, á ella á quien tanta alegría hubiese causado una declaración, rogándola uniera sus esfuerzos para la batalla de la vida tan dura y tan penosa para los que no poseen más que el valor.

La joven continuó ligeramente su camino, entregada por completo á sus reflexiones, llena de odio por aquel Jesús Piriac, al cual suponía muy injustamente el mal genio de su querido Jaime y muy triste por tener que abandonar la choza, tan pobre sin embargo, donde había pasado su infancia.

Cuando llegaron á ella, una anciana que estaba sentada delante de la cocina, atizaba el fuego en el cual cocían unas patatas con tocino.

En un momento Brígida puso en orden todo el ajuar de la casa, hizo desaparecer los vestigios de la ceremonia fúnebre, puso la mesa con dos cubiertos é invitó á los dos jóvenes á que tomaran asiento.

Las patatas y unos huevos pasados por agua componían el modesto almuerzo de aquella mañana, que fué tan silenciosa como el paseo á través del bosque.

Cuando hubieron terminado, Brígida hizo un lío con sus efectos y se dispuso á marchar.

Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

La cabaña de los Fugeret no era ni mucho menos digna de ser envidiada.

Exceptuando el jardinito cubierto de flores, no tenía nada de alegre, siendo en una palabra, la morada de un obrero que no piensa más que en su trabajo, para poder ganar á fuerza de sudores el pan de cada día.

Pero Brígida había recibido allí toda clase de cuidados y de atenciones.

La madre de Jaime era una verdadera santa.

La pobre muchacha olvidaba las privaciones valerosamente soportadas para no acordarse más que de las ternuras.

No quería recordar más que lo bueno y olvidar lo malo.

Iba á entrar en una nueva vida, y no quería abandonar la antigua sin concederla un suspiro.

En el momento de la separación se aproximó á su primo y le dijo al mismo tiempo que le ofrecía una bolsa hecha con un pedazo de tela de seda, cosida por ella misma, y que contenía unos diez hermosos luises de oro:

—Toma, Jaime, éstas son mis economías de cinco años; te las doy; te harán más falta que á mí.

El quiso rechazarlos, pero ella insistió.

—Tómalos como si fuesen de una hermana, te lo suplico.

Y mirándole fijamente y con inmensa ternura, le preguntó:

—¿Qué va á ser de tí?

El joven levantó los brazos y con tono de duda contestó:

—No lo sé.

—¿Te marcharás de aquí?

—Es preciso.